

EL DOMINICANO A TRAVES DE SU CUENTISTICA 40-60

*LA ESTRUCTURA FAMILIAR Y SUS MIEMBROS:
TRADICIONES Y COSTUMBRES*

LORENA M. GARCIA ZAMBRANA

INTRODUCCION

Ante la necesidad de meditar sobre la problemática de nuestra identidad cultural, se recurre actualmente al estudio, al análisis y a la interpretación de lo acontecido en nuestro pasado, dirigido por el intento de encontrar una referencia que nos conduzca a situarnos en nuestro presente y a, desde éste, proyectar la instauración de un futuro.

Con este trabajo, se pretende colaborar en la búsqueda de constancias y en la indagación del pasado, que tan necesarias se no hacen a los dominicanos de hoy, mediante el rescate y el estudio de las expresiones, ideas y emociones legadas a nuestra cultura por un grupo de hombres cuyas obras han sido por circunstancias olvidadas, y a veces injustamente soslayadas.

Los cuentos dominicanos publicados entre 1940 y 1960 son formas elaboradas con lenguaje, pensamiento, sentimiento y fantasía. Y el estudio de esos cuentos podría abrir una brecha hacia una manera de conocer lo fundamental del hombre dominicano y del mundo que lo rodea.

Cada uno de los diez cuentistas cuyas obras analizamos es producto de una cultura, de una tradición, de una sociedad en una época y un espacio determinados. En las obras de cada uno de ellos ha entrado la realidad, de una u otra forma, para servir de sostén al mundo imaginario que ellos han concebido y plasmado en sus cuentos.

En el trabajo que sigue, intentamos descubrir de qué modo ha captado el cuentista que publica sus obras durante las décadas 40-60 las estructuras familiares en las que se agrupa el hombre, y toda una serie de costumbres, de valores, de actitudes y de patrones de conducta que tienen que ver con la familia y que figuran como constantes en nuestra cuentística.

Se han analizado de manera detallada cien cuentos que presentan modalidades diversas y que se ambientan, unos, en el entorno rural, y otros, en el urbano.

Las citas extraídas de los cuentos son parte fundamental de esta investigación. Para agilizar la referencia, se ha optado por escribir entre paréntesis, al final de cada cita, el título del cuento del cual procede, las siglas del autor y la página en que se encuentra en la edición utilizada. Sólo se especifica el nombre del libro cuando se trata de citas de Néstor Caro, puesto que de él han sido estudiados dos volúmenes distintos.

A continuación se ofrecen, en orden alfabético, los nombres de los diez cuentistas, las siglas asignadas a cada autor y los títulos de los volúmenes que contienen las piezas analizadas. Se presenta entre paréntesis la fecha de la primera publicación del libro e inmediatamente debajo se especifica cuál edición se ha manejado.

Bosch, Juan (JB). CUENTOS ESCRITOS EN EL EXILIO (1992)

* Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 1986.

Nota: Se incluyen estos cuentos entre los del período 40-60, aunque no fueron publicados en el país hasta 1962, debido a las circunstancias especiales en que se encontraba el autor.

Cabrai, Manuel del (MC). 30 PARABOLAS (1956)

* Buenos Aires, Editorial Lucania, 1956.

Caro, Néstor (NC). CIELO NEGRO (1949); SANDALO (1957)

* Cielo Negro, Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1949.

* Sándalo. Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1957.

Contreras, Hilma (HC). 4 CUENTOS (1953)

* Ciudad Trujillo, Editorial Stella, 1953.

Díaz, Vigil (VD). OREGANO: CUENTOS CRIOLLOS (1949)

* Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1949.

Díaz Grullón, Virgilio (VDG). UN DIA CUALQUIERA (1958)

* Santo Domingo, Editora Taller, 1981.

Hernández Franco, Tomás (THF). CIBAO: NARRACIONES (1951)

* Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 1986.

Lacay Polanco, Ramón (RLP). PUNTO SUR: CUENTOS Y NARRACIONES (1958)

Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1958.

Lamarche, Angel Rafael (ARL). LOS CUENTOS QUE NUEVA YORK NO SABE (1949)

* México, Talleres Gráficos La Carpeta, 1949.

Nolasco, Sócrates (SN). CUENTOS CIMARRONES (1958)

* Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1958.

ESQUEMA DE CONTENIDO

FAMILIA PATRIARCAL

* Matrimonio jurídico y religioso

* Los hijos - los niños

CLAN FAMILIAR EXTENDIDO

* Importancia social de los lazos de parentesco

* Las bendiciones

* Importancia moral del cumplimiento de los deberes para con la parentela

* Los abuelos - los ancianos

CONFLICTOS Y TENSIONES FAMILIARES

INFIDELIDAD CONYUGAL

MATRIMONIO

* La soltera

* La viuda

REQUISITOS EXIGIDOS POR LA SOCIEDAD A LA MUJER

REQUISITOS EXIGIDOS POR LA SOCIEDAD AL HOMBRE

"MACHO" Y "HEMBRA"

"Sambito era un hombre de hogar, casado por la Ley y por la Iglesia, como solía decir jactanciosamente. Su mujer, una india rechoncha como una puerca, y prolífera como una curía, siempre estaba con la barriga a la boca, al romper fuerte, como dice las comadronas del campo. Tenía muchachos de todos tamaños y sexos. Era buen padre y mejor esposo, virtudes dignas de admiración y de respeto por lo escasas que son esas virtudes entre nosotros." (O Tempora... O Mores...", VD, pp. 132-133)

La familia, como célula social compuesta por el padre, la madre y los hijos -y también como institución que comprende a la parentela consanguínea, espiritual y "de crianza"-, juega un rol sumamente importante en lo referente a la fijación y transformación del sistema de creencias, valores y costumbres que dan forma a la sociedad.

La modalidad familiar que predomina en nuestra cuentística 40-60 es la de la *familia patriarcal*. El pasaje transcrito de Vigil Díaz resume las características de ese modelo tradicional. Componen la familia, en sentido reducido, el padre, la madre y varios hijos. El padre es cabeza del hogar, y el ejercicio responsable de su autoridad lo hace digno "de admiración y de respeto" en la sociedad.

Por otro lado, en el fragmento de "O Tempora... O Mores", vemos que Sambito se jacta de estar casado "por la Ley y por la Iglesia". Y se jacta porque, aunque junto al *matrimonio jurídico y religioso* coexiste la unión consensual, el primero es considerado como el más "decente". Esta manera de pensar la expresan frecuentemente los personajes que intervienen en los cuentos de Sócrates Nolasco:

"-(...) se le presentó a la novia jurándole ahora que se casarían pronto por lo civil y por la Iglesia, como es lo decente." ("El Diablo ronda en los guayacanes", SN, p. 184)

"-(...) Pero de esta choza no saldrá mi hija si no es casada por el Padre Cura; casada con toditas las de la ley..." (El Innominado", SN, p. 41)

Los hijos, por otra parte, suelen ser numerosos, puesto que -según narra Vigil Díaz- ellos son procreados "prolíficamente y con mecánico y sencillo instinto". Los niños están dispersos por doquier; unos han sido concebidos en el seno del hogar; otros, fuera de él:

"De súbito, por poco se cae el plafón del toско y pesado

lecho de caoba, del sagrado tabernáculo de amor donde se había procreado, prolíficamente y con mecánico y sencillo instinto, la prole del Papacote y de Señá Margara..." (El Faculto", VD, p. 114)

"Los peones, después del trabajo, sentábanse a Mingo largo rato en las rodillas y, como ellos también tenían hijos en alguna parte, después de haberlo visto sonreír por cualquier cosa, se iban tranquilos a sus hamacas sin pasar por la pulpería." ("Mingo", THF, p. 32)

Es marcada la autoridad de los padres y abuelos sobre el niño. Fuertes golpes y severas reprimendas son castigos usuales. Se acostumbra al hijo a ser dócil y a acatar órdenes sin cuestionarlas. El respeto a la autoridad es, pues, la base de las normas vigentes en la estructura familiar, tal como ha sido recreada por nuestros narradores:

"Por su vocación a la medicina le echaron en las costillas más leñas que a un horno, le dieron más golpes que a un balsié en pascuas. (...) Cuando regresaba al fundo, casi perdido entre las bejuqueras y las ramas de sus plantas mágicas, apenas podía pasar por la puerta de la cocina, donde aguantaba los resondos del taita y de la mama." ("El Faculto", VD, pp. 105-106)

"Silenciosos, los niños se dejaban llevar sin preguntar a qué se debía el viaje." (La Desgracia", JB, p. 111)

La patria potestad incluye también el derecho a elegir una profesión para el hijo. En el caso de la hija, no es de extrañar la imposición paterna de un cónyuge, ya que para la mujer la única carrera aceptada socialmente es el matrimonio:

"-¿Qué va a ser?... ¡Si ya lo es y se le está mirando que le relampaguea la inteligencia en los ojo -confirmó la madre-. Por eso yo le sostengo a Marcelo que a Marcialito hay que metelo a Cura. será un buen Cura como su padrino. Y cuando mi compadre se meta a Obispo lo dejará heredero d' esta parroquia.

-¿Cura? -atajó el marido-. Ya te he dicho, y no cejo, que tendrá que ser abogado, pa que abogue contra los' abuso..." (El cuento del que buscaba lo que no se le había perdido", SN, pp. 30-31)

"-Príncipe: -le dijo el rey al diplomático- mi hija es bella como una rosa de mayo y pura como un ángel del cielo, y yo creo que ya es tiempo de escogerle marido. (...) Tómala en matrimonio." ("Sí, el destino se pudo una vez cumplir", SN, p.81)

Muchos de los personajes que desfilan por las páginas de nuestros cuentos son niños, y esa constante nos dice del elevado número de hijos de la familia dominicana de ese momento.

Los autores se fijan en sus actividades, sus juegos, sus ideas infantiles, su modo de ver el mundo, la manera en que son afectados por las condiciones de su medio... Y las cualidades más destacadas en ellos son, o bien su alegría, su vitalidad y su ingenuidad, o, por el contrario, su tristeza, su inercia y su envejecimiento prematuro debido a la carencia de afecto y al desamparo económico.

En "Mingo", Hernández Franco hace un recuento de los objetos que, a manera de juguete, utilizan los niños del campo para divertirse; en tanto que Bosch y Lamañche atienden más bien a la energía y la despreocupación de esos niños cuando se entregan con "apasionada alegría" a sus juegos:

"... empezamos por bañar a Mingo y regalarle todos nuestros juguetes: teníamos unos maravillosos caballitos hechos de frutas verdes de higüero y palitos de fósforos, una enorme cantidad de soldados de todos tamaños que eran cartuchos vacíos (...), embiques de carretes de hilo, chichigüas de papel de colores con largas colas de trapo y trompos de palo de anón con puntas de dos pulgadas, flautas de bambú y escopeta con el cañón hecho de tubos de paraguas." ("Mingo", THF, p. 30)

"Régulo miró al niño y le sorprendió su expresión de vitalidad. Sus pequeños ojos aindiados, negrísimos y vivaces, brillaban con apasionada alegría cuando comenzó a maniobrar en su bicicleta, huyendo al cachorro que se lanzaba sobre él ladrando." ("El Hombre que Lloró", JB, p. 116)

"... te he visto niña de ojos enormes y agitados rizos sonreír, sintiendo esa deliciosa impresión de saciedad que experimentan los niños iberoamericanos a cada anochecer, cuando las voces y las carcajadas lanzadas en los juegos parecen quedar colgando en jirones de los árboles y las casas."

“Un día Margarita recibió una carta...”. ARL, p. 153)

En medio de la amargura y de la angustia predominantes en los hogares de que nos habla Díaz Grullón, los niños son la nota de inocencia e ingenuidad:

“-Yo me casaría contigo-, dijo él, -pero soy muy chiquito, ¿verdad?-

La mujer sonrió con dulzura y le acarició el pelo mientras respondía:

-Sí. Ahora estás muy chiquito; pero cuando crezcas, tal vez...-

-Creceré pronto, tía Julia, y entonces nos casaremos.-”
 (“La Rebelión”, VDG, p. 48)

En otros cuentos, en cambio, nos conmueve la presencia de criaturas tristes, desnutridas, enfermizas, y a quienes las circunstancias socioeconómicas han obligado a madurar antes de tiempo. Son figuras patéticas; son víctimas inocentes de un sistema que ellos no han creado; y son una constante, especialmente en la producción de Juan Bosch:

“La niña estaba allí, arrimada al alero, llorando, con los ojos hinchados. Era pequeña, quemada, huesos y pellejo nada más.” (“En un Bohío”, JB, p. 49)

“Era triste el niño. Tendría seis años. Se le veía el vientre crecido, el color casi traslúcido, los ojos dolientes.” (“La Desgracia”, JB, p. 108)

“La muchachita, vocecita torpe de primer examen canturreó -angelito de hambre- seis o siete palabras desarticuladas, viles.” (“Tierra” THF, p. 47)

“El siempre tuvo fiebre. Niño flaco de carnes y enteco de palabras, careció de infancia. (...)

Desnudo de sonrisas parecía viejo, prematuramente. Solitario como las ciudades en las madrugadas, quebradizo en su clima de silencio, estaba triste, al margen de los días, vacío en la primera edad de su esperanza.” (“Fiebre”, RLP, p. 85)

“Detrás del fogón estaba la niña. Era más pequeña, y con su trenza oscura repartida a ambos lados del cuello y su expresión inteligente parecía una mujer que no hubiera crecido.” (“La Desgracia”, JB, p. 108)

La estructura familiar que reflejan los cuentistas no se reduce al

núcleo padre-madre-hijos. Pasajes como lo que siguen nos conducen a considerar la familia, en sentido lato, como un *clan extendido* de personas. Los vínculos de familiaridad que unen a esas personas son de gran alcance y tienen mucho valor para la sociedad, de tal suerte que permiten reconocer -e incluso juzgar de antemano- a los individuos, en cualquier sector, con sólo conocer su apellido:

"Venía de la más ilustre prosapia de la tierra: de la familia campesina, trabajadora, rezadora y guerrillera..." ("El Presidente", THF, p. 70)

"Su nombre de pila era Baldomero Carela, de los Carela de 'Cambito de los Garabitos', que habían emigrado de la común de San Cristóbal a la común de Hato Mayor (...)

La familia Carela se estableció en la Sección de Mata Palacio, donde nació Baldomero. Los Carela eran negros honrados, trabajadores y respetuosos, gente sencilla, pero buena de verdad." ("Saitaneja", VD, pp. 89-90)

"... se jactaba de que jamás se equivocaría al juzgar a nadie, pues a los que pasaban lejos lo juzgaba por la parentela..." ("Así se castigó a unos ingratos-", SN, p. 115)

La importancia social de los lazos de parentesco consanguíneo o espiritual se nos revela, además, en la indisolubilidad que comportan los mismos, aun más allá de la muerte, ...

"Cuando quiso explicarle a su madre sus ojos humildes no le dejaron inventar nada, otra vez. Ella comprendió. El cordón umbilical no se rompe nunca." ("Fiebre", RLP, p. 87)

"Una tarde de esas (...) decidí visitar las tumbas de mis abuelos. Con la solemnidad de la obra que realizaba dispuse mis cosas y allá me fui con unas flores a cumplir con las raíces de mi carne y de mi espíritu." (El Señor Bonnier", NC, Sándalo, p. 68)

... y es decisiva la influencia de dichos lazos en casos de noviazgo y de matrimonio: se desea entroncar con miembros de familias conocidas y apreciadas.

"Bajo la tutela de mi madre se formalizó el noviazgo de Mayín y 'el huérfano', sobrino y también ahijado, el más adicto de los familiares y que me trató siempre con el respeto de hermano menor." ("Gente de la Aldea", SN, p. 194)

A los vínculos por consanguinidad, por matrimonio o por compadrazgo, se añaden los lazos establecidos por "adopción" informal. Madres, hijos y hermanos "de crianza" son también parte de la familia:

"-Don Remi: -sermoneó con retintín la anciana- (...) La niña cada día me pesa menos y la estimo más; y puesto que no tengo pariente que me herede, con mi bendición y la voluntad de Jesucristo será la dueña de esta humilde casa el día que se me cierren los ojos. ¡No quedará en la calle!" ("El Innominado", SN, p. 41)

"Por el comedor va y viene la madre de leche de María Luisa." ("Viernes Santo Sangriento", HC, p. 16)

"La madre traía, para 'la doña', (...) un hijo, que quería regalar. (...) 'Si no lo puede tener, déjelo'.

Así, sin ninguna otra fórmula, quedó el muchachito incorporado a nuestra vida..." ("Mingo", THF, p. 29)

Todos los miembros adultos de la comunidad familiar, sean abuelos, tíos, padrinos, etc., toman parte activa en la crianza de los niños.

Es notable la autoridad del abuelo dentro de esta gran familia patriarcal. El tiene poder para disponer de sus nietos si lo considera conveniente; y así ocurre en el cuento "La Desgracia", de Juan Bosch: tras maldecir a su hija por haber sido infiel, Nicasio se lleva a los nietos a su casa:

"Inés comenzó a temblar y a llorar.

-Taita... Perdón, taita, -musitaba.

El viejo la tomó por un brazo y la condujo hacia la puerta que daba al camino; con la punta del machete levantó la aldaba y al mismo tiempo obligaba a Inés a avanzar. Cuando la hija estuvo en el vano de la puerta, la empujó y la maldijo.

-¡Que ni en la muerte tenga reposo tu alma! -gritó.

(...)

¡Liquito! -llamó- Busque el burro y póngase un pantalón, que se van pa casa conmigo Inesita y usted." ("La Desgracia", JB, p. 111)

Si terribles son las maldiciones, no menos importancia tienen las bendiciones en el marco familiar. La costumbre de pedir la bendición a

los padres, padrinos, tíos y abuelos se observa rigurosamente en el entorno social descrito por narradores como Juan Bosch, Vigil Díaz y Sócrates Nolasco:

"... el viejo saludó antes de entrar. Junto al fogón, se hallaba el nieto, que le pidió la bendición de rodillas. (...)

-Dios lo bendiga -dijo el abuelo." ("La desgracia", JB, p. 108)

"-Padre... Madre... -dijo una madrugada (...) - échenme la bendición y pídanle a mi madrina que rece por mi." ("El cuento del que buscaba lo que no se le había perdido". SN, p. 33)

"-La bendición, tío Cachito. "

-Dios te bendiga, sobrino, y te haga un santo." ("Cándido Espuela", VD, p. 44)

"A la morada patriarcal iban llegando curiosos y don Francisco ordenó:

-Acaba de tomar el café y ven a saludar a Marina. Y subrayó de modo que oyeran todos: y a pedirle la bendición." ("Gente de la Aldea", SN, p. 189)

La importancia moral del cumplimiento de los deberes para con la parentela es otra constante que se relaciona con la micro-sociedad familiar. Se otorga mucho valor a la imagen del "buen padre" y del "buen hijo"; se desea ser reconocido como tal por la comunidad:

"Levantarán una cruz sobre mi tumba y harán escribir con letra clara bajo el E.P.D. esta inscripción verdadera:

FUE BUEN HIJO, BUEN PADRE, Y CRISTIANO VIEJO." ("Así se castigó a unos ingratos-" SN, p. 116)

"-Doña Eralia y usted. ¿Qué le ha ocurrido que no ha vuelto por el Mercado?

-Mi hija, la grande, que se ha puesto a parir y urge de mí a cada rato. Es el destino de madre. No se puede hacer otra cosa. Los hijos son los hijos." ("Sur", NC, Cielo Negro, p. 94)

En la fortaleza de los lazos de parentesco intervienen tanto el amor como el deber. Se vela por el bienestar de los allegados no sólo por el aprecio que se les pueda tener, sino porque "no se puede hacer otra cosa", es decir, porque eso es lo que exigen las buenas costumbres.

De ahí que los personajes de nuestros cuentos se ocupen de que sus

familiares, sencillamente por el hecho de ser familiares, reciban las atenciones y cuidados que merecen:

“La existencia de la comida de la fragua -como decía Pedro- era su más grande preocupación, exceptuando desde luego, la de atender su viejecita, que ya renqueaba bajo el peso de los años.” (“El funcionario”, NC, Cielo Negro, p. 31)

“Sintiéndose hija de Malena, Juana socorría, desde lejos, a Anselma, hasta que la escasez de recursos y la invalidez de ambas fueron haciendo casi imposible aquel trabajo para ella que no sabía cómo repartirse entre ambos deberes. Un día, planteó clara la cuestión:

-Si Anselma es mi madre la debo traer aquí...”
 (“Anselma y Malena”, THF, pp. 61-62)

Estas normas de obediencia y de respeto a la autoridad de padres y abuelos se extienden a todos los ancianos de la comunidad. La presencia del viejo en el hogar genera ese respeto que en la sociedad se le tiene. Ellos son figuras venerables; son “hijos del pasado” en cuya “boca experta” -expresa Lacay Polanco en imagen vigorosa- “se desnuda” ocasionalmente “la leyenda” que guarece cada sector de nuestro territorio:

“Todos obedecieron la voz de mando del viejo Timoteo, unos por respeto a sus canas, otros, por tolerancia, algunos por prudencia...” (“Oveja Bebiendo”, VD, p. 126)

“... aquel arrabal (...) guarece en su catadura inhospitalaria la leyenda que a veces se desnuda en la boca experta de alguno de sus hijos del pasado.

Muchos episodios han contemplados aquellas casas ancianas; muchos sucesos que no encarceló en la tradición la crónica callejera, renacen, a veces, en la palabra desteñida del viejo que recuerda.” (“Un Recuerdo de ‘El Silencio’”, RLP, p. 47)

El anciano, al igual que el niño, es una constante en nuestra cuentística del período 40-60. Los literatos describen a estos personajes de la misma manera en que la sociedad lo trata: con respeto y admiración.

Destacan la dignidad, la fortaleza y la lucidez de estos seres que viven del recuerdo y cuyos recuerdos mantienen vivas las tradiciones.

Sus relatos y consejos se escuchan con atención. Abundan los pasajes que a ellos se dedican. He aquí algunos ejemplos:

"Melancolía profunda la de esos viejos que mantuvieron carnes secas y fuertes, franco decir y mirada firme, cuando se les hunde, sin titubeos, el estoque del recuerdo dentro del pecho." ("El Asalto de los Generales", THF, p. 78)

"Jacobo Delmonte se emociona con sus recuerdos. Aquel episodio aún tiembla en su corazón cargado de sobresalto." ("Un Recuerdo de 'El Silencio'", RLP, p. 55)

"Luego, el buen anciano va a su habitación y tras de ella una foto amarillenta, fuertemente gastada por el manoseo, pues posiblemente Don Hago dedica mucho tiempo de su vejez a besar y mimar lentamente el retrato." (Yahondo", MC, pp. 65-66)

"La casa del capataz no estaba distante del barracón, me acerqué a ella buscando lo que siempre ofrecía; los relatos del viejo Belarminio. Hecho con el débil recuerdo de aquellas jornadas..." ("Chano", NC, Cielo Negro, pp. 61-62)

Los *conflictos y tensiones familiares* que exploran los cuentistas se derivan principalmente del incumplimiento de los deberes propios del puesto que se ocupa en la familia.

La inexistencia de esas cualidades a las que se refiere Vigil Díaz cuando escribe: "virtudes dignas de admiración y de respeto por lo escasas que son esas virtudes entre nosotros", o sea, la ausencia del "buen padre y mejor esposo", es una de la más frecuentes causas de tensión en los hogares de nuestro mundo literario.

Hilma Contreras se vale de un estilo lacónico para describir esta situación, y es sorprendente la precisión conceptual y formal de la autora: sus giros sintéticos lo dicen todo, sus frases concisas van al punto e impactan al lector:

"Las cosas se agravaron repentinamente. Advino el abandono total, faltó el pan. Entonces se irguió Agustín. Era el mayor de los hijos de un apellido reverenciado, porque el apellido fue padre; el hombre, no." ("¿Polvo...?", HC, p.17)

En "Una Carta Equivocada", Ramón Lacay Polanco nos hace presenciar la dramática situación de una familia en la cual el padre no asume su rol de proveedor, pero sí continúa ejerciendo su despótica

autoridad mediante amenazas y violencia:

"-Es lo único que tengo. Tómallo, haz lo que quieras, pero déjame tranquila...

Su padre contempló en silencio los escasos pesos que le dio la mujer. Los contó rápidamente.

-Eso es una miseria. Busca más, ¡pronto!

-Pero si no hay más, -contestó la mujer, suplicante.

-Busca más o te parto el alma.

Su madre lanzó un grito. El hombre la tenía asida por la copiosa cabellera y la acometió con crueldad, propinándole diversos golpes y empujones." ("Una Carta Equivocada", RLP, p.138)

Ante la actitud colérica del padre, los hijos se aferran a la madre. Independientemente de los complejos de Edipo o de Electra asociados con ciertas etapas psicosexuales, los niños de uno y otro sexo ven en el progenitor una figura a la que hay que temer y son más fieles a la madre que intenta protegerlos de la ferocidad machista de aquél:

"Si hurgaba en su memoria, allá en lo más profundo de su reminiscencia, la primera noción que conservaba de la existencia de su padre se confundía con una voz aterradora que tronaba por encima de su cabeza mientras él corría a guarecerse en el regazo tibio de la madre..." ("Edipo", VDG, p.21)

"Nancy vino, pues, al mundo, en aquel escenario, contemplando la dulce serenidad de su madre y el impulsivo carácter del temperamento de su padre. Contraria al complejo de Electra, su instinto la acercaba, siempre, más a ella. El instinto nunca se equivoca. Tal vez comprendió desde su estancia en la concavidad uterina que la palabra padre carece de sentido..." ("Una Carta Equivocada", RLP, p.136)

La mayoría de los problemas hogareños narrados en nuestros cuentos surgen por eso: porque "la palabra padre carece de sentido", como afirma con amargura Lacay Polanco. Quien supuestamente es la cabeza del hogar no sólo evade su responsabilidad económica, sino que además se desvincula afectivamente de los suyos, aun cuando conviven bajo el mismo techo:

"El viejo pesaba mucho. Siempre fue corpulento. Alto y

macizo como una torre. Con músculos de hierro y manos poderosas... Aquellas manos enormes como palas... Rojizas y sembradas de un vello abundante que fue poniéndose gris con los años... Manos siempre ocupadas, sin tiempo para las caricias..." ("Edipo", VDG, p.22)

"... si el marido jugó un papel tan importante al principio, él mismo no quiso jamás darse por enterado de la situación, cuando eso le era posible, y es bien sabido que después de su muerte ni siquiera su nombre ha sido pronunciado en aquella casa." ("Anselma y Malena", THF, p.56)

En el hijo, el sentimiento de abandono se va transformando en un desprecio profundo al padre irresponsable e inmoral, y la vehemencia de ese odio se manifiesta con fuerza en estos sucintos pasajes de Hilda Contreras y de Lacay Polanco:

"A su hija la posee una indignación callada. Hace tiempo que ya no le profesa cariño; es un hombre de atajos, y eso no se lo perdona. Le desprecia." ("Viernes Santo Sangriento". HC, p.15)

"Miró al hombre que la había fabricado, y un odio superlativo se incubó en su pecho, una repulsión terrible, un asco superlativo de su raza." ("Una Carta Equivocada", RLP, p.139)

La *infidelidad conyugal* puede dar lugar a conflictos familiares, pero aquí hay que distinguir entre las consecuencias del adulterio cometido por el hombre y las del cometido por la mujer.

Tradicionalmente, la infidelidad conyugal por parte del esposo o marido está sobreentendida; no así la de la mujer, quien debe ser pura, virtuosa y transigente:

"-Mayín, Mayín, -llamé, entré y quedé otra vez frente a la enferma. Oye: vine llamado por él para apadrinar tu matrimonio. Lo contrario es una maraña de intrigas, cosas de anónimos. Por ti, y como tú, sufro; pero analizo. En nuestras costumbres, desgraciadamente, la impureza del hombre es hereditaria y casi se sobreentiende. Yo no veo en ti una mujer sino una hermana. Tan bella y virtuosa eres que si encontraras otra como tú, de rodillas le pediría un poco de cariño. Y sin embargo, entiéndeme: yo no soy mejor que Marcos, ni

encontraremos otro que lo sea. El matrimonio, muchas veces, se vincula por voluntarios olvidos de faltas y dura a fuerza de repetido perdón del superior de los compañeros. Tú eres la superior: ten voluntad de transigencia. Te ruego que aceptes la conciliación con...

-Transige, hija -aconsejó la abuela interrumpiendo.

-Perdonaría el mal que intentó hacerme; pero después de irse con otra... me repugna.

(...)

-Transige, hija. ¡Cede un día, María de Vargas!... -suplicaba y regañaba la anciana." ("Gente de la Aldea", SN, pp. 202-203)

En su cuento "Anselma y Malena", Hernández Franco retrata nuestras costumbres en este sentido. Cuando el esposo de Malena trae a la casa a la hija que él y Anselma han procreado, Malena no cuestiona a su marido, porque no le corresponde hacerlo. La esposa no puede rebelarse abiertamente. La tensión se restringe al marco intrafamiliar y no tiene repercusiones sociales relevantes

"Ante la indiferencia del coronel, Malena, envejecida de la noche a la mañana, nunca se enteró de que, a pocos metros de distancia, proseguían los amores de su marido y Anselma. La aldea no había hecho ni un guiño de malicia porque aquello no tenía importancia.

Así nació Juana.

Una noche cualquiera, sin preámbulos innecesarios, el coronel la trajo a la casa envuelta en unos trapos y se la obsequió a Malena:

-Cuidala como a tu hija... porque es hija mía.

Malena no preguntó -su deber no era preguntar- por la madre de la criatura. Para gran satisfacción del coronel su único movimiento de rebeldía consistió en hacer, desde esa noche, cena aparte y en redoblar su meticulosa actividad en los cuidados de la casa." ("Anselma y Malena", THF, p.60)

Las tensiones causadas por la infidelidad del hombre, como se ve, no llegan a estallar en conflictos tan violentos ni escándalos tan ruidosos como los ocasionados por el adulterio en la esposa:

"... en la causa aquella tan ruidosa, de adulterio, de

intrigante delito, cuando fueron asaltados por el esposo veritable, trepao y embujao en la barbacoa, en el mismo lecho nupcial los dos perros, impuribus-naturalibus, esto es en cueros de pelota, pidió para el adúltero, una pela de sable y diez años en el mamei, en el cepo, con cuatro agujeros achocaos. Y para la prostituta, para la joven e infeliz Magdalena, ya sinceramente arrepentida, una noche de furor mecánico en la Comandancia de Armas, sanción monstruosa que debía ser ejecutada por los guardias del puesto más ejecutivos y aventajados." ("Saitaneja", VD, p.95)

Cuando es ella la que viola la fe conyugal, lo hace a escondidas -a diferencia del hombre, quien ostenta su virilidad sin disimulo-, y la posibilidad de ser descubierta le infunde terror, pues sabe que su acción es vergonzosa y severamente reprobada por la sociedad.

En "La Desgracia", de Juan Bosch, Inés se convierte en oprobio de su familia porque ha engañado a Manuel, su marido. Los procedimientos utilizados por el narrador se adecúan cabalmente a la atmósfera de fatalidad y de tensión que se va gestando desde el inicio mismo de este relato:

"El viejo Nicasio no acaba de hallarse a gesto con el aspecto de la mañana." ("La Desgracia", JB, p.105)

Tras las frases vagas, sugerentes y cargadas de malos augurios, se suceden los momentos en que "la desgracia" se avecina. Y la extrema tirantez de esos instantes en que aún nada ha sucedido es una muestra más del gran poder de la narrativa de Bosch.

"-¿Y tu mama? ¿Y Manuel? -preguntó.

-Taita no ta -dijo el niño.

A Nicasio le resultó sorprendente la respuesta del niño porque había oído voz de hombre en el aposento.

-¿Que no? -preguntó.

El nieto le miró con mayor tristeza. (...)

-No. El salio pa La Vega dende ayer.

Entonces Nicasio se volvió violentamente hacia el bohío, como si pretendiera ver a través de las tablas del seto.

-¿Y tu mama? ¿No ta aquí tu mama?

Se había doblado sobre el niño y esperaba ansiosamente la respuesta. Deseaba que dijera que no. Le ardía el pecho, le

temblaban las manos; los ojos quemaban. No se atrevía a seguir pensando en lo que temía." ("La Desgracia", JB, pp. 108-109)

La infidelidad de Inés es imperdonable, y así lo comprende Nicasio, el padre de la mujer. Este personaje es la efigie del respetable patriarca de nuestros campos, y como tal actúa y piensa: niega a Inés el derecho de ver a sus hijos (pues ella ha perdido su dignidad), y con dolor y rabia comprueba que el haberse enterado del delito de su hija constituye una desgracia peor que la muerte.

"-¡Perra! -dijo- ¡En el catre de tu marío, perra!

(...) Inés empezó a llorar.

-¡No llore, sinvergüenza -gritó el viejo- ¡Si la veo llorar, la mato!

(...)

-¡Por esa puerta no! -dijo.

Le parecía inconcebible que la hija viera a sus hijos. Era indigna de verlos después de lo que había hecho." ("La Desgracia", JB, p.110)

"Fue al otro día por la mañana, al decir Magina que a pesar de sus prevenciones nada malo había ocurrido, cuando Nicasio se dio cuenta de que había habido desgracia en la familia.

(...)

-Vea, Magina -dijo mientras miraba fijamente a la vieja-, morirse no es desgracia. Hay cosas peores que morirse.

Y alejó la mirada hacia las nubes que salían por detrás de las lomas, aquellas malditas nubes por las cuales había él llegado a la casa de Inés.

-¿Peor que morirse? -preguntó Magina-. Que yo sepa, ninguna.

-Sí, -respondió lentamente Nicasio-. Saber es peor" ("La Desgracia", JB, pp. 111-112)

La vida de *matrimonio*, como se aprecia, se aleja bastante en la práctica de aquella concepción según la cual lo que prima en la unión es amor, fidelidad, responsabilidad y felicidad.

Sean urbanas, pueblerinas o campesinas, y sin importar la posición socio-económica, las parejas cotidianas se mantienen unidas por

costumbre, por rutina. Y la relación marital llega a convertirse en carga para uno de sus integrantes, o para ambos:

"Ignorantes de todo esto -y de lo demás-, sin Caín, sin Abel, pero con una muchachita desencantada de gritar y una hosca costumbre de no saber si se querían, que les bastaba para las noches cortas y les sobraba para los días largos." ("Tierra", THF, p.44)

"En cuanto a lo demás, nada; ni un motivo para una ilusión, ni una sola idea en común; rutina o nada, o sí, mucho: una cosa bien puesta, vestidos, viajes, un premio exorbitante por 'las inevitables traiciones masculinas', y quizá si hasta hijos, porque a veces no tenerlos es de mal gusto o el marido encuentra que ante el público aparecerá incompleta la sumisión de la mujer; (...) hijos que una misma no sabe bien para que llegaron ni como pudieron venir..." ("Más allá de lo que los ojos ven...", ARL, p.194)

"Malena, que no podía hacer otra cosa, hija ella misma de otro coronel de dragones, se metió en la vida matrimonial con ese alarde tan común a las mujeres de entonces y que las hacía, el día siguiente a las bodas, aparecer ya con veinte años más encima. Esa vejez milagrosa, lograda en una simple noche, por ser caso tan repetido, no asombraba ni siquiera a los propios maridos, quienes, desde el primer día de vida conyugal, veían, mustias y un poco derrengadas, transitar por sus casas las sombras cansadas de las mujeres que habían creído conocer." ("Anselma y Malena", THF, pp. 58-59)

Indudablemente, el mayor peso de esa carga recae sobre la mujer, pero ella no puede "hacer otra cosa": el matrimonio es carga obligatoria. En nuestro medio tradicional, una mujer sola no puede hacer nada, no ocupa puesto alguno, no cabe en la estructura familiar, no tiene vida social:

"-¿No has cambiado de idea?-

Ella, ya en el umbral, se volvió hacia él:

-No, Pedro. Ya te he dicho...

-Está bien. Pero recuerda que nuestra casa será siempre la tuya y que es mi esposa la que insiste en que vivas con nosotros.-

-Lo sé. Mariana es muy amable. Dile lo mucho que agradezco su bondad... Pero tu sabes bien que es mejor así. Yo les estorbaría..." ("La Rebelión", VDG, p.86)

El cuento "La Rebelión" es una exposición magnífica de la desubicación de la soltera. La extraordinaria agudeza de Virgilio Díaz Grullón se pone aquí en juego para expresar, además, la angustia, las inquietudes y los sentimientos de inferioridad que agobian a la protagonista:

"Al entrar en la sala, percibió Julia de reojo el movimiento brusco de la pareja de novios sentada en el sofá, separándose el uno de la otra, y los gestos nerviosos con que ambos pretendían ocultar su turbación. Sin mirarlos de frente y un poco avergonzada de su involuntaria intromisión, pasó junto al sofá y caminó hacia la galería, pero alcanzó a oír, sin proponérselo, parte del diálogo que se desarrollaba en voz baja a su espalda:

-¿Crees que no vio?-

-No, no me parece... La pobre tía Julia nunca se da cuenta de nada..." ("La Rebelión", VDG, p. 87)

La viuda, al igual que la soltera, no lleva vida social activa. Y la lealtad que le debe a su marido perdura aun después que éste fallece. No sucede lo mismo con el viudo; él tiene derecho a rehacer su vida:

"La anciana Eufrasia contrajo el hábito de comportarse bien. (...) Era mujer 'a la antigua', y desde que enviudó se volvió aún más circunspecta, y muy rezadora." ("En donde se prueba que Siña Eufrasia venció al Diablo en dos ocasiones", SN, p. 46)

"Malena se vistió de negro para toda la vida y para toda la vida, también, cerró las puertas de la casa." ("Anselma y Malena", THF, p. 61)

"Al cabo de cuatro años, Pedro volvía a casarse y ahora, un año después, se llevaba a su hijo donde era lógico que estuviese: al hogar que su padre y su nueva esposa habían formado." ("La Rebelión", VDG, p. 87)

Los requisitos exigidos por la sociedad a la mujer son, sobre todo, la pureza, la fidelidad, la obediencia y la domesticidad.

Las normas sociales relacionadas con la conducta femenina se

aprenden primordialmente en el seno de la familia, en contacto con la madre, quien es la encargada de educar a las hijas transmitiéndoles "todas las virtudes" que se esperan que posean para ser consideradas mujeres "buenas" y "dignas". Se perpetúan así los roles impuestos por la tradición:

"Margarita es el mejor retrato de la madre que murió hace tiempo dejándole todas las virtudes que hacen a una mujer buena..." ("La Casa Llanera", NC, Sándalo, p. 22)

"A la niña, desde temprano, la habituaron a andar derecho." ("En donde se prueba que Siña Eufrasia venció al Diablo en dos ocasiones", SN, p. 46)

"Diríase que la juventud de las abuelas residía únicamente en la hosca virginidad que guardaron para la bendición nupcial y que el abrazo un poco ebrio de los novios las dejaba ajadas para siempre. En el fondo, había otra cosa también: la súbita vejez era consecuencia de una deliberada forma de la voluntad, feroz secreto sin palabras transmitido de madre a hija por generaciones, como única forma de la dignidad de la mujer casada. La eterna fidelidad al marido debía demostrarse con la eterna imposibilidad de gustar a otro hombre" ("Anselma y Malena", THF, p. 59)

Ese "feroz secreto sin palabras", como narra Hernández Franco, es comunicado de una generación a otra. Se trata de leyes tácitas, pero a su vez rígidas, que señalan el papel de la "buena" mujer -esposa o concubina- dentro de nuestra cultura.

Las mujeres de nuestra cuentística 40-60 se atienen a esos mandatos implícitos: son laboriosas, leales, sumisas, calladas, pacientes y serviciales:

"En una aldea de una provincia lejana vivía una buena mujer, muy leal y apegada al marido que era el hombre más haragán del mundo". ("El milagro que hizo un pedazo del paño en que anduvo envuelta el Anima Sola", SN, p. 156)

"El viejo Eustaquio (...) Haragán como la quijada de arriba, jamás dio un golpe en su vida. El conuco lo tenía limpio como un espejo y productivo, a machete y azada, Eduvirge (...), desgarrada como un palo de guayo y flaca y larga como un varejón de espantar perros, pero eso sí, laboriosa como una

abeja..." ("El Faculto", VD, p. 103)

"... los deberes y derechos de una mujer casada no variaban mucho de los de una buena ama de llaves de confianza." ("Anselma y Malena", THF, pp. 59-60)

"Después se levantaba, llamaba a Cachita, su cocinera, secretaria y amante, que siempre convivió a su lado, y le decía:

-Cachita: toma el diario. Mira a ver lo que puedes traer del mercado.

Y colocaba, acariciándolas, unas cuantas monedas sobre el escritorio que la paciente mujer recogía entre murmuraciones..." ("El Amigo, RLP, p. 23)

"-¡Fidelía! -llamaba presuroso.

Su buena mujer acudía. Con un paño recogido en la cabeza asomaba a la puerta del patio." ("El hombre del Saco", NC, Cielo Negro, p. 38)

Por lo demás, ¿cuál es el tipo de mujer que nuestra sociedad rechaza? Según las obras de Sócrates Nolasco y de Lacay Polanco, no es respetable la "fácil": la seductora, asequible o más complaciente de la cuenta:

"-(...) Seis días después, de uno o dos bailes baratos salió él enredado con una de la vuelta arriba, de Higüey o de San Pedro de Macorís. Mujer de esas que Lucifer le regala al mundo para perder a los hombres. Dicen que va resultando hasta 'pasquinera' y está dividiendo al pueblo en dos clases: pueblo arriba y pueblo abajo. Y si Santa Ana no nos mira con ojos de misericordia y no permite que la suiciden... nos contagia y el pueblo coge candela, arde igual que pencas de palma seca y ni el mamando se salva." ("Gente de la Aldea", SN, p. 198)

"Muchas veces fingí estar enfermo para que tu madre Olegaria te enviara a la hora de la comida con mi pequeña porción de alimento. Y tú, solícita, desafiabas la ira del pueblo, la maledicencia sembrada en la mirada de los viejos, la calumnia apretada en la boca de las mujeres, y penetrabas en mi cuarto de hombre solo." ("Una Carta Equivocada", RLP, p. 120)

Los *requisitos exigidos por la sociedad al hombre* son, de acuerdo a lo que sugieren los cuentos, la masculinidad y la valentía.

El valor que tiene para el hombre dominicano su reputación de "macho" es confirmado por los pensamientos, las expresiones y las acciones de los personajes de nuestra cuentística:

"-Maldito este aguacero. Está bien que me pongan a mandar peones, pero a buscar yunta de bueyes en medio de un aguacero no e pa' un macho. E que to los hombre no son má que unos perros." ("Celosía", NC, Sándalo, p. 52)

"-(...) Hay uno que penetra y pica, y a mí me gusta: el de la flor de la canelilla cimarrona. No es' olor d'esos que agradan a los hombres afeminao." ("El Diablo ronda en los guayacanes", SN, p. 181)

"Cuando Villegas, el músico vagabundo, le quería sacar unos tragos en el baile, le cantaba:

'Jacintico de Vargas, ay...

Ese sí que es hombre...'

Jacinto no esperaba más y le gritaba al cantinero: déle lo que quiera que yo lo pago." ("Los Amos Buenos", NC, Cielo Negro, p. 57)

Desde edad temprana, la familia va socializando al niño en este sentido. Se le enseña, por ejemplo, que no debe llorar ni demostrar sus emociones, y que debe entrenarse en actividades "masculinas" que pongan a prueba su valor. Ese proceso de orientación hacia las conductas "apropiadas" en el hombre puede llegar a ser traumático para el niño, y así lo enfoca Díaz Grullón en "Edipo":

"Aquella escena debió repetirse muchas veces porque, al recordarla, la asociaba con diferentes acontecimientos de su infancia... Las primeras lecciones de equitación (el viejo azotándose furiosamente las botas con una fusta flexible: '¡Algún día haré un hombre de esta mujercita!'... y el terror del niño al lomo inseguro del caballo)... o el primer disparo con la escopeta de caza, apenas sostenidas entre sus manos temblorosas (la voz iracunda del padre a sus espaldas: '¡Aprieta el gatillo de una vez, cobarde!'... O el chapuzón inesperado en el mar, y la angustia de sumergirse hasta el fondo..." ("Edipo", VDG, p. 21)

El verdadero "hombre" es decidido, audaz y agresivo. Ante el peligro, debe comportarse "como un macho":

"Carvajal había peleado, como pelea el hombre del Sur, como un macho, hasta quemar el último cartucho." ("Carvajal", VD, p. 36)

¿Rechazado? El "gallina": el cobarde.

"-Don Marcelo, examínelo y diga si está en estado mortal, o si tiene cura cuánto tardará en salvarse. (...)

• Y papá... compadrito, usted conoce a papá:

-Tiene miedo. Agallinamiento, tres rebencazos en las costillas y un puntapié en el nalgatorio. Si siguen pegando con tanta delicadeza me echan a perdé el negocio." ("Gente de la aldea", SN, p. 199)

"-Cállate, zoquete, y no berrees, que te dejates pegar. Los hombres no gritan, -regañaba y seguía cosiendo insensible al dolor ajeno." ("Gente de la Aldea, SN, p. 197)

Las relaciones entre "macho" y "hembra" se verifican acorde a las actitudes de nuestra cultura hacia los roles sexuales. Sale a relucir en los cuentos el denominado "machismo", como patrón tradicional de comportamiento presente en la estructura familiar y social.

La libertad sexual del hombre es, como ya sabemos, ilimitada. Nuestro régimen familiar admite que el varón posea varias mujeres, de manera sucesiva o simultánea.

Se sobreentiende la poliginia del casado, como costumbre extralegal. El soltero mujer ego, que seduce, deshonorra y abandona muchachas a su antojo, tampoco constituye un caso raro. Y el hombre que se "cansa" de su amante, o que desea eludir la responsabilidad de un hijo, puede abandonar a aquélla sin mayores consecuencias:

"Aquel ganadero joven y de extraordinaria fortuna seguía siendo a los treinta y tres años muy resbaloso para el matrimonio. Le llamaban don Remi. Rondaba y cortejaba a las lindas muchachas casaderas, las atraía, las embullaba, las encendía en pasión por él; pero siempre evadía formalizar compromiso que le obligara a llevar a ninguna a la Iglesia, dizque por vergüenza de arrodillarse a los pies del Cura. Desde que una joven se sometía, y se les sometieron muchas fiándose en la lealtad de su palabra, las abandonaba..." ("El

Innominado", SN, p. 40)

"Pero he aquí que el bandido, ya poderoso, se cansó de ella. Nena la bruja, fue suplantada por Cecilia." ("La Bruja". RLP, p. 12)

"Tú eras para mi un puerto, con la esperanza del fruto. Y agosto vino con sus días secos, más secos que nunca. El bongó, encendido detrás de las lomas, me empujaba a tu cuerpo. Pero tu cuerpo era tierra sembrada, germinando en su fatiga.

(...) en agosto, con la noche caliente, huí para siempre de tu costa. (...)

Con el tiempo supe la muerte del hijo. Tu quebranto. Tu soledad y tu amargura." ("Una Carta Equivocada", RLP, p. 121)

La mujer, en su condición de hembra, es un objeto para ser usado por el macho: es un cuerpo que atrae, que obsesiona, que despierta los apetitos del hombre en "este trópico que siempre relincha buscando compañera".

"Y adivinabas tus formas de doncella criada al aire libre, modelada por el sol de este trópico que siempre relincha buscando compañera.

Yo puedo enumerar las nostalgias que aún me atan a tu recuerdo, pero la fuerza de tu sexo no puedo definirla. Es un latido fosco, detrás de mi conciencia, oloroso a monte recién mojado..." ("Una Carta Equivocada", RLP, p. 120)

"-¿No bailas Ramoncito?, me preguntó. Si quieres te consigo una buena pareja que vino de La Noria. Muchacho, está bañadita y es muy buena bailadora. ¿La quieres?" ("Chano", NC, Cielo Negro, pp. 65-66)

"La mujer vio al hombre acercarse y todavía no pensaba en nada. Cuando el hombre estuvo a pocos pasos, ella le miró los ojos y sintió, más que comprendió, que aquel desconocido estaba deseando algo." ("En un Bohío", JB, p. 47)

"Jorge, levantando levemente la vista de las páginas del libro, podía observar cómo la tela suave del vestido cedía al empuje de los senos duros y erguidos.

No era fea, pero tampoco podía decirse que era hermosa. Y era muy joven; tenía que serlo, porque el rostro era

fresco y lozano, el vientre plano y firme, y cada movimiento de su cuerpo era preciso y ágil, aun las veces que, como anoche, vistiera aquella falda estrecha que se le pegaba a los muslos y le marcaba las caderas." ("Vecindad", VDG, p. 98)

"... hacía meses que sólo vivía día y noche pensando en las ancas hermosísimas y en los senos retadores de Eladia, su lucero..." ("Oveja Bebiendo", VD, p. 127)

Las represiones y obsesiones sexuales pueden dar lugar a crímenes que no serán castigados. El macho subyugador se siente en el derecho de someter a la hembra deseada.

"-(...) le pidió amore a una muchachita de ná, y como no lo quiso, le hizo fuerza." ("Celosía", NC, Sándalo, p. 49)

"Los ojos negros y serenos de 'Saco Prieto' miran desde la oquedad del barranco. Sobre ágil montura nace el cuerpo de Flora, la rosada nieta de la vieja Eralia.

Con prisa huiría 'Saco Prieto' y volvería a sus quehaceres, si no fuera por la fiebre que le abrasa todo el cuerpo. Desde hace semanas la hembra se le huyó del rancho, y se las ha pasado mirando hacia el sur... hacia la ríspida montaña que parece tocar los cielos. La fiebre le ha fijado los ojos y ahora sólo le sirven para mirar la hermosa muchacha que parece tener quince años. La fiebre le arde la razón y salta al camino. ¡Soy un hombre y quiero a esta mujer! Los gritos de la vieja Eralia cuando huye le dan posesión de un amor ganado con violencia. Un grito queda arrodillado en el camino." ("Sur", NC, Cielo Negro, pp. 97-98)

El prototipo del macho dominante y sexualmente activo ha sido hábilmente delineado por Nolasco mediante la personificación de dos animales simbólicos en nuestro medio: el toro padrote y el gallo:

"Un mugido ancho y hondo respondió y venía dilatándose con el viento. Se doblaron los yerbazales y hasta las iguanas se escondieron en sus cobachas:

-Yo soy el macho, Espinoso,
¡a quien naide mete brava!
Mato o capo a los mañoso
y jago a la hembra esclava.
Yo soy Espinoso, ¡el macho!

Y al que venga y jaga ¡múu!
le meto en la jiel mi cacho." ("Gamelo", SN, pp.
153-154)

"-¡Aúuuu! Por la curiosidad de una mujer van a enterrar a mi
amo...

El Gallo voló, (...) aleteó y cacareó:

-¡Por tonto! ¡Por tonto! ¡Por tonto! Tengo siete gallinas,
¡siete mujeres!, y cuando una se figura que la quiero mucho pico
un grano, las atraigo, las reúno, amoroso les hago la rueda y
desde que se engríen les caigo a patadas y a picotazos. Así las
tengo sumisas y... me adoran. ¡Cocorocó!, volvió a cantar el
gallo.

El hombre oyó, comprendió (...)

(...)

Micaela, se acercó contenta, porque iba a saber. El
marido cerró puertas y ventanas y... llovieron rebencazos sobre
las posaderas y los cuadriles de su mujer.

-¡Toma! ¡Toma! ¡Toma el secreto!

Micaela gritó, berreó, jipó. Pidió socorro... nó lo tuvo, y
cayendo al fin de rodillas clamó perdón, gimiendo:

-Ya no quiero saber. Ya no quiero saber.

(...) Así, por la lección del gallo, ella y Julián vivieron
en armonía perfecta, y vendieron mucho pan, y tuvieron
muchos hijos, y fueron muy felices. Amén." ("La Enseñanza de
la Culebra y la Lección del Gallo", SN, pp. 126-127)

Hombre y mujer viven, pues, "en armonía perfecta" cuando ambos
se sujetan a lo establecido, esto es, cuando él asume su papel agresivo y
cuando ella se entrega sumisamente a su propietario, deseándolo o no:

"Quien hubiera contemplado la sombra, descubriría a
una figura de mujer deslizarse hasta el lecho de Lico Bueyón,
aferrarse a su cuerpo, tibia y anhelante, y ofrecerle sus carnes
y su alma. Desde esa noche el bandolero tuvo una concubina..."
("La Bruja", RLP, p. 14)

"Eres la muchacha buena, y quieras o no te someterás
obediente a unas horas de rito conyugal, para convertirte
después, con la misma pasividad, en un objeto ya inútil o en
receso hasta que el 'supremo interés' renazca..." ("Más allá de

los que los ojos ven...", ARL, p. 194)

"Se entregó como tenía que entregarse, como se lo había aconsejado la tía durante tanto tiempo, con mucho respeto por aquel hombre y con un poquito de asco también." ("Anselma y Malena", THF, p. 61)

CONCLUSION

Como se habrá apreciado, en nuestra cuentística 40-60 han quedado impresas perspectivas existenciales, personales y nacionales, pero a la vez trascendentes y universales.

En esos cuentos se pueden encontrar líneas de fuerza, preocupaciones comunes, semejanzas en el modo de sentir, pensar y comunicar la realidad de una época y la intimidad del hombre que la vive.

Pertenecen esos relatos a un ayer no tan distante; a un mundo determinado por un conjunto de ideas, costumbres, creencias, problemas, actitudes y normas sociales explícitas o tácitas que no se desvinculan aún por completo de nuestro presente.

Partiendo de lo que nos narran los autores, cabe reflexionar un poco acerca de la estructura familiar dominicana actual. ¿Ha cambiado la familia? ¿Cuáles costumbres persisten? ¿Qué valores languidecen?

A nosotros nos toca decidir lo que queremos preservar, lo que debemos mejorar y lo que podemos cambiar.